

LFA-00541 -

CUADERNOS DE CULTURA
QUINTA SERIE

1

JOSÉ MARTÍ



VERSOS
SENCILLOS

ESTUDIO DE GABRIELA MISTRAL

PUBLICACIONES DE LA SECRETARIA DE EDUCACION
DIRECCION DE CULTURA
LA HABANA, 1939

SALA MARTI

LFA-00541
13-2-92

CARDENAS Y CIA.

AVE. DE ITALIA

HABANA

LOS "VERSOS SENCILLOS"

DE

JOSÉ MARTÍ

GABRIELA MISTRAL

**Conferencia pronunciada el día
30 de octubre de 1938 en la Institu-
ción Hispanocubana de Cultura.**

AL lector profundo de la poesía le interesa vivamente, en razón de su misma profundidad, la historia interna de los poemas: le importa, igual que al pedagogo, el *cómo* y el *cuándo* de sus versos preferidos. La curiosidad de su amor es grande; ella le calienta los sentidos y le da cierta ansiedad.

Aunque la obra poética, pieza a pieza, sea un milagro evidente, cuando se trata de un poeta verdadero, todos sabemos que dentro de esa geografía mística que es una obra poética, hay unos parajes, donde la reverberación de la gracia es mayor, o, si se quiere, donde lo angélico, de próximo, se concreta como el Gabriel anunciador se plasmó dentro del aposento de María, hasta el punto de que se le toca y casi nos golpea la cara con el perfil.

Es lo común que este punto de la obra poética lo formen unas pocas composiciones aisladas del resto o separadas a veces por años de distancia una de la otra. Pero

suele ocurrir, para mayor fiesta de nosotros, que el relumbrón de la alta gracia cubra a un grupo entero de poemas de la misma época, creando, como la mina, el filón continuado, la veta sin interrupción. Es en estos casos cuando se afirma más la teoría de la inspiración. Durante el período tal, que suele cubrir una semana como un año, el poeta escapó a la discontinuidad, se libró de las *sequías* interiores de Santa Teresa, que tanto cuentan para la mística como para la poesía; en ese espacio de tiempo, el poeta vivió sin relajo en los cogollos del ser, ciego de luz como la alondra por el espejo, pero sin caer quemado por el reverbero tremendo.

El lector de poemas, mucho más que los otros lectores, es ambicioso y exigidor: él querría que el poeta le entregase sólo esos períodos, que sólo le pusiese en la mano este material incandescente y sin escoria alguna. Pero la exigencia es temeraria: el mejor poeta no puede dar sino de tarde en tarde aquella materia ígnea. Hijo de la tierra, al igual de su madre, él produce en turnos o en

puñado confuso el fuego envuelto en humo grueso dando el poema en un feo tizón que sólo se pone lindo hacia la punta de brasa.

De tal manera la poesía es en la idea de todos una industria de calidad, que este leño de muñón negro y cabo llameante, nos irrita al decepcionarnos, porque la queríamos como al Adán, sin la caída.

Leyendo la poesía de Martí, a la que estoy tan ligada como ustedes lo saben, el miembro de la gracia que yo veo en ella sin una sola resquebrajadura en la unidad ni en la perfección, son los “Versos Sencillos”, en su cuerpo de cuarenta y seis poemas, y es allí donde yo tengo mi festín con el poeta.

Parece que Martí no supo ni mucho ni poco que esa zona de su labor era a la vez la más consumada y la más homogénea de su territorio poético. El habla sobre los “Versos Sencillos” en la nota inicial, con el tono de quien da excusas. El muy sabio, a la par que otros lúcidos en igual caso, igno-

ró que la circunstancia no era allí la de excusarse sino todo lo contrario.

El Maestro cuenta, en esa su manera conversacional, que escapó de Nueva York con su alma deshecha por un momento americano bastante amargo y que lo mandaron —él dice “me echaron”—a descansar en el campo. Luego, continuando sus “perdones” defiende la sencillez de estas rimas, como si fuésemos a tomarlas por cosa de puericia, tal vez de ñoñería. Y es pena que su jornada, que iba a dar el mayor gozo a las gentes, no se la diese a él mismo, el gran afligido, entonces, tan necesitado de alegría. Ya sabemos que era muy niño el muy varón y esta flor de inocencia fué una de las muchas que nos dejó para que mejor le amásemos.

Celebremos su ocurrencia de contarnos el manadero de estos poemas. El salía de una fragua de preocupaciones o, mejor con expresión suya, él escapa de una angostura de angustia. Hurtó el cuerpo que le fallaba y saltó hacia el campo, como el nadador en

trance de ahogo, con un braceo heroico, alcanza la roca y se pone a salvo.

El campo lo recibió, y la tierra verde fué siempre su curadora. Esquilo habla del mar, curador de las heridas de los hombres; pero los seres nos dividimos en aquellos a quienes cura sus llagas la sal y en aquellos otros a quienes se los cura la hierba de los campos en mascada dulce. Hijo de Isla, pero de la Isla más vegetal que es dable, yo creo que la tierra lo atrapaba más que la marea de su costa, y que los árboles hacían su fiesta cotidiana.

Igual a sí mismo

Yo diría que el milagro de los “Versos Sencillos” es el de que en ellos está la semilla genuina del ser de Martí o, con frase ajena, que en ellos el hombre Martí “se devuelve a sí mismo” o se reduce a sí mismo.

El ambiente literario del tiempo suele ser un fondo sostenedor o un ancho afirmadero, pero con frecuencia se vuelve un fardo descomunal, especie de avalancha que arrastra a su hombre y que pesa sobre su lomo,

como un rodado de piedra cordillerana. Cuando se trata de persona pequeña, el hecho de que su tiempo la invada y la influya, no duele mucho; ella es flaca, y sin este aupamiento, tal vez apenas le distinguiríamos el bulto. Pero cuando, como en el caso de José Martí, la persona es un generalato humano, un almirantazgo del ser, cuando de veras trae consigo lo que llamamos la constitución propia, el organismo original, entonces el peso de la época sobre el individuo lo vemos con apenamiento y hasta con cierta cólera.

Pobres de calidad fueron los tiempos de Martí; aquel romanticismo, a una vez abundante y flácido, obeso y débil; y en las zonas donde la langosta romántica no entraba, aquel clasicismo de homúnculo, salido de redoma, fruto del manipuleo estéril de unos cuantos viejos!

No se merecía Martí, criatura de intemperie, por veraz y fuerte, una época de palabra falsa y de perifollos verbales.

Por esto mismo, leyéndolo con la pasión que le tenemos, los martianos más celosos

hurgamos como castores en su prosa y en su poesía. Queremos hallar en esta obra tan amada los puntos no manoseados, no rozados siquiera por el ambiente inferior.

Mi impresión es, dejada aparte la prosa, la de que los “Versos Sencillos” son la isla genuina de la originalidad poética de Martí, que son la médula martiana, adonde no pudo colarse el enemigo. Esta isla me es, por eso, particularmente querida. Tengo en ella mis mayores gozos con el Maestro; tengo allí con él mi coloquio más logrado; desde este pedazo de su obra cae sobre mí el rayo martiano más vertical. El instinto, que es la única sabiduría de la mujer, me dice, cuando leo los “Versos Sencillos”, que el hombre sin mezcla que me importa está en ese mejor que en los otros racimos de la gran cepa.

Parece que nada se dijese cuando se apunta que en tal libro o en tal frase del hombre se halla su ser legítimo. Porque desde que tiramos la teología, somos harto desatentos a los rumbos del alma, y a sus mudanzas finas como un pestaño, y vivimos

desatentos sobre todo a los espejismos del ser, a sus derroteros falsos. Pero quien no tenga ojos banales para seguir la aventura de un espíritu, sabe el precio de diamante que debe pagarse por la expresión verídica de un gran poeta, y se da cuenta del valor que se debe a la parcela de su legitimidad, que es también la de su más pura intimidad.

El nombre ya acuñado de *documento humano*, vale para los "Versos Sencillos". El documento no es aquí una ficha de datos, sino un material caliente de entrañas confiadas a nosotros. Estamos leyendo de veras con la mano puesta en el plexo solar del escritor y leemos con gravedad, religiosamente.

En la conversación familiar, hablando a lo niño, no sabemos bien en qué giro vulgar nos confesamos, soltando briznas de nuestro secreto.

Ya dije que Martí no dió mucho tamaño a los "Versos Sencillos" y hasta ofreció excusas de haberlos recogido dentro de su obra poética. Un poco de amor hacia ellos y entonces lo pule o repasa y el agua color de

aire de esta inocencia se nos enturbia toda. Mejor fué para nosotros que él ignorase y que nos los diese así, en cosa de nada.

Lengua popular

Martí escribió casi todos los “Versos Sencillos” en el octasílabo de la copla criolla, porque la sencillez le pedía un metro y un ritmo parientes como eso de lo popular y que se allegase a lo cantable. Yo me oigo en coplas, la mayor parte de los “Versos Sencillos”, habiendo en todos ellos tanta vida profunda y tanta cosa trascendente, ellos me resbalan por los oídos en el agua rural de los cantares y las “soleares”.

Recordemos que Martí era, ante todo, el orador de período caudalósísimo, y caigamos en la cuenta del milagro que significan estos versos breves, en rápidas saetas de plata. La majestad del discurso martiano ha desaparecido, porque el águila acepta correr los pastos con pies de paloma: la anchura de la frase se ha adelgazado igual que el tronco del pino en el goterón de resina.

Las alegorías lujosas que son las suyas cuando hace la oración patriótica, él las abandona, para emplear el símil ligero y de pasada. Los “Versos Sencillos” se vuelven, lo mismo que las coplas cantables, poesía de látigo veloz, frase urgida por la necesidad del decir pronto y cabal, que es la técnica del payador o del coplero.

Una de las humildades del gran humilde sería su abajamiento a la estrofilla, estando él tan acostumbrado al endecasílabo de su desahogo.

Los “Versos Sencillos”, a causa de su manera populista, son los versos de Martí que más se apegan al oído, los que se hincan en todas las memorias, los que nos caen solos a las manos cuando buscamos decir algo suyo. Parecen versos de tonada chilena, de habanera cubana, de canción de México, y se nos vienen a la boca espontáneamente.

El Maestro amaba el folklore español y americano: él era, entre tantas cosas encontradas que fué, un letrado campesino, algo así como el Mistral de la Provenza o el Góngora que se desdobló en letrado y en

voceador de letrilla. Su estilo mayor, el solemne, él lo trufaba aquí y allá de clavos de olor castizos de almendras campestres: él escribía en una lengua de colores y de sabores: parece que, hablando, exprimiese pomos de pintura y a la vez saborease las delicias de las vainillas tropicales. En estas cosas, él era conjuntamente gran señor y pueblo gozador, porque no se oponen estas cosas, o, a lo menos, nunca se opusieron, desde Virgilio a Frances James. El señor es lo contrario del señorito; él ama al pueblo y se entiende lindamente con él.

Tarde o temprano, el hombre de tribuna y de mesa de redacción, tenía que echarse al campo y dar allí unos versos válidos para ser cantados como para ser dichos por cualquier muchacha, al margen de la recitación ateneísta.

Lástima de los días en que él nos dió los "Versos Sencillos", y que fueron prietos de congoja: pena grande que un amor feliz no le acompañase en su estada de Central Valley. Hubiésemos tenido un manojo de anacreónticas mejores que las griegas; can-

tarían ahora los enamorados esas coplas en el cañaveral o afirmados en la palma de la costa. Pero el trance del momento era duro, y Martí nos entregaba su poesía rural cortada aquí y allá del sollozo patriótico o del puñetazo de fuego al tirano.

Hay hombres que, como adivinando el que van a irse pronto, antes de que la Muerte les rasgue por mitad el lienzo de la obra, dejan señaladas en él las líneas que los otros debemos seguir, una por una, sin que falte ni la pequeña.

Martí, criatura literaria completa, amaba sus clásicos y amaba la poesía del pueblo, porque el humanismo no le disgustó de lo popular, ni lo elemental le invalidó para lo clásico. Tenía, pues, que escribir los "Versos Sencillos", y aunque en ellos no llegase al terrón de la ruralidad, allí nos apunta su mano en alto el rumbo populista, tan desdeñado en ese tiempo.

Los comentadores políticos del Maestro se complacen en verificar las adivinaciones de política social que él llegó a tener y que forma parte de su legado para nosotros.

Asimismo los poetas podemos decir que, falta de tiempo para dejarnos todos los temas ya surcados, su índice grande de capitán nos marcó cuáles suelos estaban baldíos, en espera de su arador. Todo lo previó cuando no lo proveyó: hacia los puntos más borrosos del horizonte echó su lumbrarada y lanzó en esa dirección a los suyos. El ayudó a Rubén Darío antes de que éste naciera, con un claro consejo de poesía; él también instó a los nativistas antes de que llegaran.

¡Padre Martí, padre real, granero del apetito pasado y del hambre futura, troje de la que seguimos viviendo, que es oscura de cuanto queda en ella todavía por desentrañar y es clara por el nivel del que aprovechamos, cogiendo el trigo a la luz del día de hoy!

La sencillez

Ahora hablemos de la sencillez de Martí, de su divina sencillez. La tengo delante; me la sé desde muchos años, pero me costará decir algo de ella, lo mismo que el pintor del cuento, puesto a pintar la gota de agua, no podía con la empresa que creyó tan fácil.

La sencillez de Martí no es nunca primarismo, es decir, facilidad del primer plano y ahorro de hondura. Aunque diga con un balbuceo de niño:

Yo pienso cuando me alegro
como un escolar sencillo
en el canario amarillo
que tiene el ojo tan negro,

hasta en ese momento de absoluta sencillez, de rasa simplicidad, ésta no resulta llana de explicar. Un abismo cristalino de aire hay en esta estrofa como en otras suyas que tantas veces he dicho, y que nunca me cansan según ocurre con la expresión mondadamente simple y que se corre a palurda.

La sencillez de Martí parece ser aquella en la que se disuelve, por una operación del alma que carece de receta, una experiencia grande del mundo, un buceo de la vida en cuatro dimensiones. El logra disolver, en la misma gota de agua que ya conté, un montón de materiales, una cargazón que si viésemos nos asustaría, hecha de sabiduría del mundo y del alma. Este sencillo nada

tiene de simple; si hubiese sido eso, es decir, pobre, no alimentaría, como lo hace, sin hambrearlo nunca, el apetito de belleza de la raza, que continúa leyéndolo.

La sencillez de Martí viene ya hecha de las honduras del ser; él no la logra desde afuera, él no la confecciona, como hacen los que deciden ser sencillos. El encargó a los poetas que no manoseasen demasiado el verso, él pidió que no lo corrigiesen mucho, y él habría celebrado como nadie el “no lo toquéis ya más que así es la rosa”, de Juan Ramón Jiménez.

Esta sencillez hace un bloque con su espontaneidad maravillosa y con su naturalidad clásica. Parece que no se pueda aislar la sencillez de Martí, como quien saca la rama de su follaje entrevero. Parece que no haya nunca sencillez cuando el fruto humano está todavía pintón y le faltan muchos veranos para la miel. En este complejo asunto de la sencillez de cualquier escritor, nos toparemos siempre con la madurez plena de un hombre.

Los recursos de lenguaje que tuvo Martí dieron también una ayuda grande a su sencillez. Es verdad y no paradoja el que una sencillez magistral viene de la ciencia ancha del idioma, pues para escoger vocablos hay que poseer un tendal de vocabulario. En esto, como en cualquier otra cosa, no escoge sino el que posee mucho, el que tiene delante un arca de Creso.

Sabemos el desahogo feliz de idioma dentro del cual se movía y se solazaba Martí, el orador y el periodista. ¡Qué anchura, qué desembarazo, qué holgura de nadador, qué lindo dueño de su elemento natural!

Bien podía darse el lujo de ser sencillo un hombre tan lleno de recursos, porque en muchas oscuridades de expresión o torturas de estilo anda, algunas veces, una falsa riqueza que puja para que se la vea y se la crea. Un poco de ganas de asustar es cosa corriente en ciertos hombres cuya escritura llamamos "importante", con sobras de respeto.

Martí también disponía a manos llenas de algo que en el español de América va

raleando y desaparece a ojos vistas: el repertorio entero de los giros idiomáticos. Son estos el aceite de la lengua que mueve las cien coyunturas de ella, que maneja la relojería suiza de los miembros del período. Esta facilidad motora de la frase de Martí, nos da también la impresión de sencillez.

Digamos algo aquí de la popularidad de Martí en relación con su claridad. Goza de ella como los demás genios literarios que han sido espontáneos y simples. El pueblo ama de particular amor a los que traen en la frente la pura estrella de las cinco puntas en vez de la rosa de los vientos, más bien barroca. El lector común se parece al peatón que camina por una urbe: él desea circular, él pide que le den un tráfico más o menos fácil.

Yo me sé las dificultades del Martí de los discursos y de una zona entera de su poesía; me las conozco de haber leído a este hombre, como se mira una tela al trasluz: viéndole y gozando la complejidad llena de sabiduría manual o mecánica. Pero no ol-

videmos nunca que, en la poesía martiana, hay el huerto doméstico de los “Versos Sencillos” y en la prosa hay la égloga inefable de “La Edad de Oro”; ambos son los pastos frescos que el lector común gusta más caminar en la ruta martiana; o son la harina blanca que en la obra total él aparta para su sustento.

Lo sobrenatural en Martí

El culto de Martí, que en los devotos de profesión literaria mira a las virtudes del oficio: idioma, elocuencia, fineza, en sus devotos no profesionales, mira derechamente a cierta sobrenaturalidad del hombre, y en consecuencia, de la obra. Estos fieles, en sustantivo, ven a su poeta en cosa parecida a un “iluminado” medieval, a un hombre que habría logrado ciertos relumbres de revelación, algunas rasgaduras sobre lo Eterno. El español popular del Siglo XVI, que en el campo de América existe todavía, diría de Martí que pertenece a los “alumbrados”. En el primer poema de los “Versos Sencillos”, por ejemplo, él deja caer,

como quien nada dice, esta estrofa que se quiebra en unos relámpagos de verdadero “inspirado”, y siendo en buenas cataratas el “iluminado”.

Yo he visto en la noche oscura
llover sobre mi cabeza
los rayos de lumbre pura
de la divina belleza.

Y dirá más adelante:

Rápida como un reflejo,
dos veces vi el alma, dos...

Y más allá aún:

Duermo en mi cama de roca
mi sueño dulce y profundo:
roza una abeja mi boca
y crece en mi cuerpo el mundo.

Muchas cosas más deja caer aquí y allá Martí, como quien dice a medias palabras sus experiencias místicas. Las dice pasando, las muestra y las esconde, o bien, las insinúa, no más, sin comprometerse con una confesión; podríamos decir que las apunta y las borra en seguida.

Me contaba hace años Don Luis Baralt que él tuvo la buena curiosidad de preguntar a su amigo sobre ese verso que quema en las manos y en el cual se refiere al alma, “vista” por él, “vista” dos veces. Me decía el compañero de Martí que el Maestro le contestó que, realmente, al morírsele el padre y al separarse de la mujer que lo quiso, él “vió el alma”, que él la miró con sus ojos de hombre.

Acordémonos de que la época de Martí era jacobina, rematadamente negadora, y podemos añadir que pisoteadora de lo sobrenatural. Rubor ha debido sentir él, como otros también lo sintieron, de hacer una confidencia completa sobre este y otros sucesos de su vida interna, que le echarían encima la mofa de tanto zafio escupidor de lo que no entiende, de no llevarlo consigo.

Pero aunque nos dejase con la confesión a medio camino, con la miel de su secreto a mitad de labio, muchos otros versos que no entregan visión ni alucinación, rezuman también de licor sobrenatural, como ese sobre su cuerpo en el cual “crece el mundo”.

Al mismo renglón de misterio más que terrestre pero que en Martí había que llamar siempre de “claro misterio”, pertenece el poema octavo de los “Versos Sencillos”, sobre su amigo muerto que “suele venirle a ver”. El fantasma canta su desgracia, que es la de una mala mujer, y la da en unas cuantas coplas. Se calla el aprecio así el sucedido espectral:

En cuanto llega a esta angustia,
rompe el muerto a maldecir.
Le amanso el cráneo, lo acuesto:
acuesto el muerto a dormir.

Y este sobar la calavera al espectro y este “poner a dormir” al muerto, como quien dice tenderlo a morir de veras, a olvidar, y a no asomarse más al filo de la tierra, estas y otras cosas de Martí, se las cuento por coincidencias profundas que tuvo con los grandes místicos del mundo o se las veo en préstamos inefables que, desde el otro lado del muro, él recibió de lo Divino, a veces en ayuda de su alma magullada de dolor, a veces en vislumbre regalada con el fin de

ayudar su búsqueda harto visible de lo eterno.

La composición décimo-tercia, aquella de su paje amistoso, que es un esqueleto, cae en la misma línea lívida y se columpia entre los dos mundos:

Yo tengo un paje ejemplar
que no come, que no duerme,
y que se acurruca a verme
trabajar y sollozar...

Y al final:

Huela mi paje y chispea:
mi paje es un esqueleto...

La pieza mayor del sobrenaturalismo de Martí tal vez sea la de "Los Héroe", el poema cuarenta y cinco de los "Versos Sencillos" cuya lectura, que en la repetición no se me ha gastado, me da siempre el calofrío de lo sublime, de que habla el francés.

¿Hay aquí un regalo más recibido por el hombre de los dones, desde la otra orilla, o hay sólo la alucinación normal del poeta, que vive en un estado anfibio, pasando de

lo real a lo inefable como de un compartimiento a otro de su casa? Yo creo gustosamente que Martí vió y tocó su friso de héroes, paseando por aquel extraño claustro de mármol, color de la luz que viene de más arriba que el sol. No me cuesta ningún repecho creerlo; no me da ningún esfuerzo el aceptarlo. Las razas, arco-iris divino, voluntad de un Dios que diversifica con una mano y unifica con la otra, bien pudiesen poseer en no sé qué región del cielo no dicha por los místicos, que repugnan lo racial, una especie de grupo platónico, de asamblea de arquetipos terrestres. Esta asamblea de los mejores salidos de una misma sangre, tiene bellos días, cuando su pueblo vive la honra y la holgura, y tendrá esas horas tremendas a que asistió Martí, el convidado de esta orilla, y en las cuales los hombres de mármol saltan de sus conchas curules, en una explosión de santo horror o de cólera divina.

Confesarles a ustedes mi fe en este Martí sobrenatural viene a ser solamente decirles que yo juro a puños cerrados por la veracidad de su poesía. Y es que ella, entre su

cadena de virtudes, tiene la de un tacto particular, que raramente entrega el poeta, el tacto de lo veraz, de una verdad de ver y tocar, aunque se trate de lo inefable. Aquel sonido falso, aquella resonancia rota que produce tanto poema, incluso famoso y embustero; aquel hueso artificial que nos toca y que es de yeso en vez de cal, en tantas piezas poéticas, no lo conoceremos en estos "Versos Sencillos", donde cada estrofa es miembro que responde a nuestra presión con otra presión, al igual de lo vivo.

La Isla de los "Versos Sencillos", este lugar de toda gracia, comprende también la famosa "Niña de Guatemala".

A pesar de su tono de cancioncilla, de su si-es-no-es de acuarela inglesa, ¡qué extraño me resulta a mí este poema!

¡Por qué, me he preguntado muchas veces, el poeta sacaría de un tema trágico ese aire que parece silbado por un pastor o nada más que juego poético?

O yo me equivoco mucho, o aparte de la estrofa final, la composición se disuelve,

como la mariposa deshecha, en puros colores, en espejo de luces y en preciosa melodía. Sólo hacia el remate, el dardo del dolor salta confesando su asunto terrible.

Llevo, pues, clavado el interrogante de esta composición. Aquella muerte de la muchacha guatemalteca ¿quedó en Martí sólo como la viñeta floral de un cortejo mortuario que más parece friso prerrafaelista? La adolescencia de la novia, más niña que mujer, ¿fué lo que le hizo proyectar sobre el poema esa luz sin calor? ¿La historia de amor fué no más que un tema musical que le dejó en el alma ese haz de ritmos leves, casi dichosos? Porque el metro de pura canción da al poema también un aspecto de juego melódico, que no se aviene con el grave asunto, que lo banaliza un poco, a pesar de la belleza definitiva de la composición.

Todavía yo no sé contestarme estas interrogaciones. Porque cuesta mucho ver a Martí en coplero del suicidio de su enamorada. Sin embargo, los mismos "Versos Sencillos" vienen a mí trayéndome vaga respuesta.

Vierte, corazón, tu pena
donde no se llegue a ver,
por soberbia y por no ser
motivo de pena ajena.

Entonces no es verdad que el hombre tierno callase *por soberbia*; callaría por pudor, eso sí, por el más delicado de los pudores del hombre, que es el de hacer sufrir con el propio sufrimiento; por la delicadeza que sólo conocen los corazones de estirpe, de no restregar la propia sangre en los ojos de los extraños. La frialdad de aquel fresco del bienquerido poema que comento, pudiese ser únicamente la vuelta de llave que echó Martí sobre su pecho.

Solamente hacia el final del poema, el chorro retenido salta en un espumarajo de sangre huída, que se escapa a la luz:

Callado, al oscurecer
me llamó el enterrador.
Nunca más he vuelto a ver
a la que murió de amor.

El hombre que, por un momento, nos parece frío, se ha quedado medio día o el día

entero a solas en la sepultura de su pobre enamorada...

A pesar de cuanto realizó el modernismo en poesía sensual, auditiva y visual, me parece que siga siendo "La Niña de Guatemala" el poema más donoso, el de ritmo más cimbreante que se haya escrito en la América Latina.

Recordemos todavía la última composición de los "Versos Sencillos". Es la que trata del verso como socio del alma, compañero aliviador y cauce que recibe las aguas densas de la vida interior, la linfa nuestra más agria, la más bendita y la más maldita.

Muchas alabanzas de la poesía hemos leído en cuanto a amiga dócil o a buen Cirineo que nos puede salvar. Pero no recuerdo haber leído nunca una alabanza tan cabal del verso en cuanto a explosión descaradora de las entrañas.

Es muy grande la belleza de este poema; lleno de movimiento, todo él vivo, se resuelve entero con no sé qué de víscera herida. He aquí uno de esos poemas que, de punta

a cabo, por la ligadura del sentido que corre de estrofa a estrofa, parece, como quiere el chileno Huidobro, un organismo viviente, un ser que no es un hijo, pero que nació de nosotros.

Los “Versos Sencillos”, según dije, han hecho buena parte del halo popular de Martí y también por esta razón habría que amarlos. Después de cuarenta y tres años, el resplandor que echa de sí esa carne mártir sigue creciendo; su aureola vale por la hornaza misma de los soles cubanos; su gloria viva, no ateneísta, no galvanizada, es un brasero que arde en el bohío antillano, en la última escuela rural y en la institución civil de mujeres o de hombres. Yo me encuentro, cuando regreso a mi Antilla, esta gloria más planturosa que cuando la dejé, lo cual me hace feliz, por mi América, que tantas negruras feas de ingratitud lleva en otros lugares.

La lealtad cubana ha elegido a su hombre José Martí como quien elige un ejercicio de cotidiano amor que le crezca el alma,

que le acicatee sin descanso las potencias y que no le deje morir y empalarse el culto de lo heroico, del cual más vivimos que morimos. La justicia para Martí se la dan ustedes grande, pero no histérica. Los americanos os lo agradecemos.

¡Ah, mina sin acabamiento esta de la persona de Martí en la obra de Martí! Vienen ustedes escribiendo y divulgando desde hace cuarenta años estudios y artículos sobre su varón fundamental, y Martí continúa siendo todavía la mina a medio volcar, el metal que está a la vez a flor de tierra y metido en vericuetos oscuros del espíritu y el idioma y que es preciso jadear muchos años más para sacarle afuera hasta la última limadura de su oro de tuétanos!

Cuando los letrados y los rústicos le dicen el Arcángel, acordándose del guerrero bañado en bondad sobrehumana, bien que dicen; cuando los niños asimilan el contador de fábulas al mago, por el dejo de veras mágico de su modo de contar, bien que dicen los niños; cuando los hombres que go-

biernan el idioma dan a Martí un trato de Príncipe del castellano, puesta la mano sobre la vendimia feliz que él sacó de la lengua, dicen muy bien, dicen cuanto es dable; y cuando, finalmente, los americanos que hablan en poetas y los historiadores que alaban en realistas, sueltan la brida de su amor hacia el mejor hombre de nuestra raza, ya entonces se redondea el anillo del culto continental, en el cual todos somos eslabones, anillo girador que acarrea el Sur hacia vuestro Mar Caribe, que lo llama, hacia Cuba, porque esta Isla reluce unguida de esa gracia.

La vida, el entendimiento y el habla nuestra, amigos cubanos, sabiéndolo o sin saberlo, los llevamos unguidos del Maestro que, siendo bendito, fué uno de los pocos que podían bendecirnos.

Gabriela Mistral.

VERSOS SENCILLOS



**A MANUEL MERCADO
DE MÉXICO**

**A ENRIQUE ESTRÁZULAS
DEL URUGUAY**

MIS amigos saben cómo se me salieron estos versos del corazón. Fué aquel invierno de angustia, en que por ignorancia, o por fé fanática, o por miedo, o por cortesía, se reunieron en Washington, bajo el águila temible, los pueblos hispanoamericanos. Cuál de nosotros ha olvidado aquel escudo, el escudo en que el águila de Monterrey y de Chapultepec, el águila de López y de Walker, apretaba en sus garras los pabellones todos de la América? Y la agonía en que viví, hasta que pude confirmar la cautela y el brío de nuestros pueblos; y el horror y vergüenza en que me tuvo el temor legítimo de que pudiéramos los cubanos, con manos parricidas, ayudar el plan insensato de apartar a Cuba, para bien único de un nuevo amo disimulado, de la patria que la reclama y en ella se completa, de la patria hispanoamericana, me quitaron las fuerzas mermadas por dolores injustos. Me echó el médico al monte: corrían arroyos, y se cerraban las nubes: escribí versos. A veces ruge el mar, y revienta la ola, en la noche negra, contra las rocas del castillo ensangrentado: a veces susurra la abeja, merodeando entre las flores.

Por qué se publica esta sencillez, escrita como jugando, y no mis encrespados **VERSOS LIBRES**, mis endecasílabos hirsutos, nacidos de grandes miedos, o de grandes esperanzas, o de indómito amor de libertad, o de amor doloroso a la hermosura, como riachuelo de oro natural, que va entre arena y aguas turbias y raíces, o como hierro caldeado, que silba y chispea, o como surtidores candentes? Y mis **VERSOS CUBANOS**, tan llenos de enojo, que están mejor donde no

se les ve? Y tanto pecado mío escondido, y tanta prueba ingenua y rebelde de literatura? Ni a qué exhibir ahora, con ocasión de estas flores silvestres, un curso de mi poética, y decir por qué repito un consonante de propósito, o los gradúo y agrupo de modo que vayan por la vista y el oído al sentimiento, o salto por ellos, cuando no pide rimas ni soporta repujos la idea tumultuosa? Se imprimen estos versos porque el afecto con que los acogieron en una noche de poesía y amistad, algunas almas buenas, los ha hecho ya públicos. Y porque amo la sencillez, y creo en la necesidad de poner el sentimiento en formas llanas y sinceras.

José Martí.

Nueva York, 1891.

I

Yo soy un hombre sincero
De donde crece la palma,
Y antes de morirme quiero
Echar mis versos del alma.

Yo vengo de todas partes,
Y hacia todas partes voy:
Arte soy entre las artes;
En los montes, monte soy.

Yo sé los nombres extraños
De las yerbas y las flores,
Y de mortales engaños,
Y de sublimes dolores.

Yo he visto en la noche oscura
Llover sobre mi cabeza
Los rayos de lumbre pura
De la divina belleza.

Alas nacer ví en los hombros
De las mujeres hermosas:
Y salir de los escombros,
Volando, las mariposas.

He visto vivir a un hombre
Con el puñal al costado,

Sin decir jamás el nombre
De aquella que lo ha matado.

Rápida, como un reflejo,
Dos veces ví el alma, dos:
Cuando murió el pobre viejo,
Cuando ella me dijo adiós.

Temblé una vez—en la reja,
A la entrada de la viña,—
Cuando la bárbara abeja
Picó en la frente a mi niña.

Gocé una vez, de tal suerte
Que gocé cual nunca:—cuando
La sentencia de mi muerte
Leyó el alcaide llorando.

Oigo un suspiro, a través
De las tierras y la mar,
Y no es un suspiro,—es
Que mi hijo va a despertar.

Si dicen que del joyero
Tome la joya mejor,
Tomo a un amigo sincero
Y pongo a un lado el amor.

Yo he visto al águila herida
Volar al azul sereno,
Y morir en su guarida
La víbora del veneno.

Yo sé bien que cuando el mundo
Cede, lívido, al descanso,
Sobre el silencio profundo
Murmura el arroyo manso.

Yo he puesto la mano osada,
De horror y júbilo yerta,
Sobre la estrella apagada
Que cayó frente a mi puerta.

Oculto en mi pecho bravo
La pena que me lo hiere:
El hijo de un pueblo esclavo
Vive por él, calla y muere.

Todo es hermoso y constante,
Todo es música y razón,
Y todo, como el diamante,
Antes que luz es carbón.

Yo sé que el necio se entierra
Con gran lujo y con gran llanto,—
Y que no hay fruta en la tierra
Como la del camposanto.

Callo, y entiendo, y me quito
La pompa del rimador:
Cuelgo de un árbol marchito
Mi muceta de doctor.

II

Yo sé de Egipto y Nigricia,
Y de Persia y Xenophonte;
Y prefiero la caricia
Del aire fresco del monte.

Yo sé las historias viejas
Del hombre y de sus rencillas;
Y prefiero las abejas
Volando en las campanillas.

Yo sé del canto del viento
En las ramas vocingleras:
Nadie me diga que miento,
Que lo prefiero de veras.

Yo sé de un gamo aterrado
Que vuelve al redil, y expira,—
Y de un corazón cansado
Que muere oscuro y sin ira.

III

Odio la máscara y vicio
Del corredor de mi hotel:
Me vuelvo al manso bullicio
De mi monte de laurel.

Con los pobres de la tierra
Quiero yo mi suerte echar:
El arroyo de la sierra
Me complace más que el mar.

Denle al vano el oro tierno
Que arde y brilla en el crisol:
A mí denme el bosque eterno
Cuando rompe en él el Sol.

Yo he visto el oro hecho tierra
Barbullendo en la redoma:
Prefiero estar en la sierra
Cuando vuela una paloma.

Busca el obispo de España
Pilares para su altar;
¡En mi templo, en la montaña,
El álamo es el pilar!

Y la alfombra es puro helecho,
Y los muros abedul,

Y la luz viene del techo,
Del techo de cielo azul.

El obispo por la noche,
Sale, despacio, a cantar:
Monta, callado, en su coche,
Que es la piña de un pinar.

Las jacas de su carroza
Son dos pájaros azules:
Y canta el aire y retoza,
Y cantan los abedules.

Duermo en mi cama de roca
Mi sueño dulce y profundo:
Roza una abeja mi boca
Y crece en mi cuerpo el mundo.

Brillan las grandes molduras
Al fuego de la mañana,
Que tiñe las colgaduras
De rosa, violeta y grana.

El clarín, solo en el monte,
Canta al primer arrebol:
La gasa del horizonte
Prende, de un aliento, el Sol.

¡Díganle al obispo ciego,
Al viejo obispo de España
Que venga, que venga luego,
A mi templo, a la montaña!

IV

Yo visitaré anhelante
Los rincones donde a solas
Estuvimos yo y mi amante
Retozando con las olas.

Solos los dos estuvimos,
Solos, con la compañía
De dos pájaros que vimos
Meterse en la gruta umbría.

Y ella, clavando los ojos,
En la pareja ligera,
Deshizo los lirios rojos
Que le dió la jardinera.

La madreSelva olorosa
Cogió con sus manos ella,
Y una madama graciosa,
Y un jazmín como una estrella.

Yo quise, diestro y galán,
Abrirle su quitasol;
Y ella me dijo: "¡Qué afán!
¡Si hoy me gusta ver el Sol!"

“Nunca más altos he visto
Estos nobles robledales:
Aquí debe estar el Cristo,
Porque están las catedrales”.

“Ya sé dónde ha de venir
Mi niña a la comunión;
De blanco la he de vestir
Con un gran sombrero alón”.

Después, del calor al peso,
Entramos por el camino,
Y nos dábamos un beso
En cuanto sonaba un trino.

¡Volveré, cual quien no existe,
Al lago mudo y helado:
Clavaré la quilla triste:
Posaré el remo callado!

V

Si ves un monte de espumas,
Es mi verso lo que ves:
Mi verso es un monte, y es
Un abanico de plumas.

Mi verso es como un puñal
Que por el puño echa flor:
Mi verso es un surtidor
Que da un agua de coral.

Mi verso es de un verde claro
Y de un carmín encendido:
Mi verso es un ciervo herido
Que busca en el monte amparo.

Mi verso al valiente agrada:
Mi verso, breve y sincero,
Es del vigor del acero
Con que se funde la espada.

VI

Si quieren que de este mundo
Lleve una memoria grata,
Llevaré, padre profundo,
Tu cabellera de plata.

Si quieren, por gran favor,
Que lleve más, llevaré
La copia que hizo el pintor
De la hermana que adoré.

Si quieren que a la otra vida
Me lleve todo un tesoro,
¡Llevo la trenza escondida
Que guardo en mi caja de oro!



VII

Para Aragón, en España,
Tengo yo en mi corazón
Un lugar todo Aragón,
Franco, fiero, fiel, sin saña.

Si quiere un tonto saber
Por qué lo tengo, lo digo
Que allí tuve un buen amigo,
Que allí quise a una mujer.

Allá, en la vega florida,
La de la heroica defensa,
Por mantener lo que piensa
Juega la gente la vida.

Y si un alcalde lo aprieta
O lo enoja un rey cazurro,
Calza la manta el baturro
Y muere con su escopeta.

Quiero a la tierra amarilla
Que baña el Ebro lodoso:
Quiero el Pilar azuloso
De Lanuza y de Padilla.

Estimo a quien de un revés
Echa por tierra a un tirano:
Lo estimo, si es un cubano;
Lo estimo, si aragonés.

Amo los patios sombríos
Con escaleras bordadas;
Amo las naves calladas
Y los conventos vacíos.

Amo la tierra florida,
Musulmana o española,
Donde rompió su corola
La poca flor de mi vida.

VIII

Yo tengo un amigo muerto
Que suele venirme a ver:
Mi amigo se sienta, y canta;
Canta en voz que ha de doler.

“En un ave de dos alas
“Bogo por el cielo azul:
“Un ala del ave es negra
“Otra de oro caribú.

“El corazón es un loco
“Que no sabe de un color:
“O es su amor de dos colores,
“O dice que no es amor.

“Hay una loca más fiera
“Que el corazón infeliz:
“La que le chupó la sangre
“Y se echó luego a reir.

“Corazón que lleva rota
“El ancla fiel del hogar,
“Va como barca perdida,
“Que no sabe a donde va”.

En cuanto llega a esta angustia
Rompe el muerto a maldecir:
Le amanso el cráneo: lo acuesto:
Acuesto el muerto a dormir.

IX

Quiero, a la sombra de un ala,
Contar este cuento en flor:
La niña de Guatemala,
La que se murió de amor.

Eran de lirios los ramos,
Y las orlas de reseda
Y de jazmín: la enterramos
En una caja de seda.

...Ella dió al desmemoriado
Una almohadilla de olor:
El volvió, volvió casado:
Ella se murió de amor.

Iban cargándola en andas
Obispos y embajadores:
Detrás iba el pueblo en tandas,
Todo cargado de flores.

...Ella, por volverlo a ver,
Salió a verlo al mirador:
El volvió con su mujer:
Ella se murió de amor.

Como de bronce candente
Al beso de despedida
Era su frente—la frente
Que más he amado en mi vida!

...Se entró de tarde en el río,
La sacó muerta el doctor:
Dicen que murió de frío:
Yo sé que murió de amor.

Allí en la bóveda helada,
La pusieron en dos bancos:
Besé su mano afilada,
Besé sus zapatos blancos.

Callado, al oscurecer,
Me llamó el enterrador:
¡Nunca más he vuelto a ver
A la que murió de amor!

X

El alma trémula y sola
Padece al anochecer:
Hay baile; vamos a ver
La bailarina española.

Han hecho bien en quitar
El banderón de la acera;
Porque si está la bandera,
No sé, yo no puedo entrar.

Ya llega la bailarina:
Soberbia y pálida llega:
¿Cómo dicen que es gallega?
Pues dicen mal: es divina.

Lleva un sombrero torero
Y una capa carmesí:
¡Lo mismo que un alelí
Que se pusiese un sombrero!

Se ve, de paso, la ceja,
Ceja de mora traidora:
Y la mirada, de mora:
Y como nieve la oreja.

Preludian bajo la luz,
Y sale en bata y mantón,
La virgen de la Asunción
Bailando un baile andaluz.

Alza, retando, la frente;
Crúzase al hombro la manta:
En arco el brazo levanta:
Mueve despacio el pie ardiente.

Repica con los tacones
El tablado zalamera,
Como si la tabla fuera
Tablado de corazones.

Y va el convite creciendo
En las llamas de los ojos,
Y el manto de flecos rojos
Se va en el aire meciendo.

Súbito, de un salto arranca:
Húrtase, se quiebra, gira:
Abre en dos la cachemira,
Ofrece la bata blanca.

El cuerpo cede y ondea;
La boca abierta provoca;
Es una rosa la boca:
Lentamente taconeá.

Recoge, de un débil giro,
El manto de flecos rojos:
Se va, cerrando los ojos,
Se va, como en un suspiro...

Baila muy bien la española,
Es blanco y rojo el mantón:
¡Vuelve fosca a su rincón
El alma trémula y sola!

XI

Yo tengo un paje muy fiel
Que me cuida y que me gruñe,
Y al salir me limpia y bruñe
Mi corona de laurel.

Yo tengo un paje ejemplar
Que no come, que no duerme,
Y que se acurruca a verme
Trabajar y sollozar.

Salgo, y el vil se desliza
Y en mi bolsillo aparece;
Vuelvo y el terco me ofrece
Una taza de ceniza.

Si duermo, al rayar el día
Se sienta junto a mi cama:
Si escribo, sangre derrama
Mi paje en la escribanía.

Mi paje, hombre de respeto,
Al andar castañetea:
Hiela mi paje, y chispea:
Mi paje es un esqueleto.

XII

En el bote iba remando
Por el lago seductor,
Con el sol que era oro puro
Y en el alma más de un sol.

Y a mis pies ví de repente,
Ofendido del hedor,
Un pez muerto, un pez hediondo
En el bote remador.

XIII

Por donde abunda la malva
Y da el camino un rodeo,
Iba un ángel de paseo
Con una cabeza calva.

Del castañar por la zona
La pareja se perdía:
La calva resplandecía
Lo mismo que una corona.

Sonaba el hacha en lo espeso,
Y cruzó un ave volando:
Pero no se sabe cuándo
Se dieron el primer beso.

Era rubio el ángel; era
El de la calva radiosa,
Como el tronco a que amorosa
Se prende la enredadera.

XIV

Yo no puedo olvidar nunca
La mañanita de otoño
En que le salió un retoño
A la pobre rama trunca.

La mañanita en que, en vano,
Junto a la estufa apagada,
Una niña enamorada
Le tendió al viejo la mano.

XV

Vino el médico amarillo
A darme su medicina,
Con una mano cetrina
Y la otra mano al bolsillo:

¡Yo tengo allá en un rincón
Un médico que no manca
Con una mano muy blanca
Y otra mano al corazón!

Viene de blusa y casquete,
El grave del repostero,
A preguntarme si quiero
O Málaga o Pajarete:
¡Díganle a la repostera
Que ha tanto tiempo no he visto,
Que me tenga un beso listo
Al entrar la primavera!

XVI

En el alféizar calado
De la ventana moruna,
Pálido como la luna,
Medita un enamorado.

Pálida, en su canapé
De seda tórtola y roja,
Eva, callada, deshoja
Una violeta en el te.

XVII

Es rubia: el cabello suelto
Da más luz al ojo moro:
Voy, desde entonces, envuelto
En un torbellino de oro.

La abeja estival que zumba
Más ágil por la flor nueva,
No dice, como antes, "tumba":
"Eva" dice: todo es "Eva".

Bajo, en lo oscuro, al temido
Raudal de la catarata:
¡Y brilla el iris, tendido
Sobre las hojas de plata!

Miro, ceñudo, la agreste
Pompa del monte irritado:
¡Y en el alma azul celeste
Brotó un jacinto rosado!

Voy, por el bosque, a paseo
A la laguna vecina:
Y entre las ramas la veo,
Y por el agua camina.

La serpiente del jardín
Silba, escupe, y se resbala
Por su agujero: el clarín
Me tiende, trinando, el ala.

¡Arpa soy, salterio soy
Donde vibra el Universo:
Vengo del sol, y al sol voy:
Soy el amor: soy el verso!

XVIII

El alfiler de Eva loca
Es hecho del oro oscuro
Que le sacó un hombre puro
Del corazón de una roca.

Un pájaro tentador
Le trajo en el pico ayer
Un relumbrante alfiler
De pasta y de similar.

Eva se prendió al oscuro
Talle el diamante embustero:
Y echó en el alfiletero
El alfiler de oro puro.

XIX

Por tus ojos encendidos
Y lo mal puesto de un broche,
Pensé que estuviste anoche
Jugando a juegos prohibidos.

Te odié por vil y alevosa:
Te odié con odio de muerte:
Náusea me daba de verte
Tan villana y tan hermosa.

Y por la esquela que ví
Sin saber cómo ni cuándo,
Sé que estuviste llorando
Toda la noche por mí.

XX

 Mi amor del aire se azora;
Eva es rubia, falsa es Eva:
Viene una nube y se lleva
Mi amor que gime y que llora.

 Se lleva mi amor que llora
Esa nube que se va:
Eva me ha sido traidora:
¡Eva me consolará!

XXI

Ayer la ví en el salón
De los pintores, y ayer
Detrás de aquella mujer
Se me saltó el corazón.

Sentada en el suelo rudo
Está en el lienzo: dormido
Al pie, el esposo rendido:
Al seno el niño desnudo.

Sobre unas briznas de paja
Se ven mendrugos mondados:
Le cuelga el manto a los lados,
Lo mismo que una mortaja.

No nace en el torvo suelo
Ni una viola, ni una espiga:
Muy lejos, la casa amiga,
Muy triste y oscuro el cielo!...

Esa es la hermosa mujer
Que me robó el corazón
En el soberbio salón
De los pintores de ayer!

XXII

Estoy en el baile extraño
De polaina y casaquín
Que dan, del año hacia el fin,
Los cazadores del año.

Una duquesa violeta
Va con un frac colorado:
Marca un vizconde pintado
El tiempo en la pandereta.

Y pasan las chupas rojas,
Pasan los tules de fuego,
Como delante de un ciego
Pasan volando las hojas.

XXIII

Yo quiero salir del mundo
Por la puerta natural:
En un carro de hojas verdes
A morir me han de llevar.

No me pongan en lo oscuro
A morir como un traidor:
Yo soy bueno, y como bueno
Moriré de cara al Sol!

XXIV

Sé de un pintor atrevido
Que sale a pintar contento
Sobre la tela del viento
Y la espuma del olvido.

Yo sé de un pintor gigante,
El de divinos colores,
Puesto a pintarle las flores
A una corbeta mercante.

Yo sé de un pobre pintor
Que mira el agua al pintar,—
El agua ronca del mar,—
Con un entrañable amor.

XXV

Yo pienso, cuando me alegro
Como un escolar sencillo,
En el canario amarillo,—
Que tiene el ojo tan negro!

Yo quiero, cuando me muera,
Sin patria, pero sin amo,
Tener en mi losa un ramo
De flores,—y una bandera!

XXVI

Yo que vivo, aunque me he muerto,
Soy un gran descubridor,
Porque anoche he descubierto
La medicina de amor.

Cuando al peso de la cruz
El hombre morir resuelve,
Sale á hacer bien, lo hace, y vuelve
Como de un baño de luz.

XXVII

El enemigo brutal
Nos pone fuego a la casa:
El sable la calle arrasa,
A la luna tropical.

Pocos salieron ilesos
Del sable del español:
La calle, al salir el Sol
Era un reguero de sesos.

Pasa, entre balas, un coche:
Entran, llorando, a un muerta:
Llama una mano a la puerta
En lo negro de la noche.

No hay bala que no taladre
El portón: y la mujer
Que llama, me ha dado el ser:
Me viene a buscar mi madre.

A la boca de la muerte,
Los valientes habaneros
Se quitaron los sombreros
Ante la matrona fuerte.

Y después que nos besamos
Como dos locos, me dijo:
“Vamos pronto, vamos, hijo:
La niña está sola: vamos!”

XVIII

Por la tumba del cortijo
Donde está el padre enterrado,
Pasa el hijo, de soldado
Del invasor, pasa el hijo.

El padre, un bravo en la guerra,
Envuelto en su pabellón
Alzase: y de un bofetón
Lo tiende, muerto, por tierra.

El rayo reluce, zumba
El viento por el cortijo:
El padre recoge al hijo,
Y se lo lleva a la tumba.

XXIX

La imagen del rey, por ley,
Lleva el papel del Estado:
El niño fué fusilado
Por los fusiles del rey.

Festejar el santo es ley
Del rey: y en la fiesta santa
¡La hermana del niño canta
Ante la imagen del rey!

XXX

El rayo surca, sangriento,
El lóbrego nubarrón:
Echa el barco, ciento a ciento,
Los negros por el portón.

El viento, fiero, quebraba
Los almacigos copudos:
Andaba la hilera, andaba,
De los esclavos desnudos.

El temporal sacudía
Los barracones henchidos:
Una madre con su cría
Pasaba, dando alaridos.

Rojo, como en el desierto,
Salió el Sol al horizonte:
Y alumbró a un esclavo muerto,
Colgado a un seibo del monte.

Un niño lo vió: tembló
De pasión por los que gimen:
Y, al pie del muerto, juró
Lavar con su vida el crimen.

XXXI

Para modelo de un dios
El pintor lo envió a pedir:—
¡Para eso no! ¡para ir,
Patria, a servirte los dos!

Bien estará en la pintura
El hijo que amo y bendigo:—
¡Mejor en la ceja oscura,
Cara a cara al enemigo!

Es rubio, es fuerte, es garzón
De nobleza natural:
¡Hijo por la luz natal!
¡Hijo, por el pabellón!

Vamos, pues, hijo viril:
Vamos los dos: si yo muero,
Me besas: si tú... ¡prefiero
Verte muerto a verte vil!

XXXII

En el negro callejón
Donde en tinieblas paseo,
Alzo los ojos, y veo
La iglesia, erguida, a un rincón.

¿Será misterio? ¿Será
Revelación y poder?
¿Será, rodilla, el deber
De postrarse? ¿Qué será?

Tiembla la noche: en la parra
Muerde el gusano el retoño;
Grazna, llamando al otoño,
La hueca y hosca cigarra.

Graznan dos: atento al dúo
Alzo los ojos, y veo
Que la iglesia del paseo
Tiene la forma de un buho.

XXXIII

De mi desdicha espantosa
Siento, oh estrellas, que muero:
Yo quiero vivir, yo quiero
Ver a una mujer hermosa.

El cabello, como un casco,
Le corona el rostro bello:
Brilla su negro cabello
Como un sable de Damasco.

¿Aquella?... Pues pon la hiel
Del mundo entero en un haz,
Y tállala en cuerpo, y haz
Un alma entera de hiel!

¿Esta?... Pues esta infeliz
Lleva esarpines rosados,
Y los labios colorados,
Y la cara de barniz.

El alma lúgubre grita:
“¡Mujer, maldita mujer!”
¡No sé yo quien pueda ser
Entre las dos la maldita!

XXXIV

¡Penas! ¿Quién osa decir
Que tengo yo penas? Luego,
Después del rayo, y del fuego,
Tendré tiempo de sufrir.

Yo sé de un pesar profundo
Entre las penas sin nombres:
¡La esclavitud de los hombres
Es la gran pena del mundo!

Hay montes, y hay que subir
Los montes altos; ¡después
Veremos, alma, quién es
Quien te me ha puesto al morir!

XXXV

¿Qué importa que tu puñal
Se me clave en el riñón?
¡Tengo mis versos, que son
Más fuertes que tu puñal!

¿Qué importa que este dolor
Seque el mar, y nuble el cielo?
El verso, dulce consuelo,
Nace alado del dolor.

XXXVI

Ya sé: de carne se puede
Hacer una flor: se puede,
Con el poder del cariño,
Hacer un cielo, — y un niño!

De carne se hace también
El alacrán; y también
El gusano de la rosa,
Y la lechuza espantosa.

XXXVII

Aquí está el pecho, mujer,
Que ya sé que lo herirás:
¡Más grande debiera ser,
Para que lo hirieses más!

Porque noto, alma torcida,
Que en mi pecho milagroso,
Mientras más honda la herida,
Es mi canto más hermoso.

XXXVIII

¿Del tirano? Del tirano
Dí todo, ¡dí más!: y clava
Con furia de mano esclava
Sobre su oprobio al tirano.

¿Del error? Pues del error
Dí el antro, dí las veredas
Oscuras: dí cuanto puedas
Del tirano y del error.

¿De mujer? Pues puede ser
Que mueras de su mordida;
Pero no empañes tu vida
Diciendo mal de mujer!

XXXIX

Cultivo una rosa blanca,
En julio como en enero,
Para el amigo sincero
Que me da su mano franca.

Y para el cruel que me arranca
El corazón con que vivo,
Cardo ni oruga cultivo:
Cultivo la rosa blanca.

XL

Pinta mi amigo el pintor
Sus angelones dorados,
En nubes arrodillados,
Con soles alrededor.

Pínteme con sus pinceles
Los angelitos medrosos
Que me trajeron, piadosos,
Sus dos ramos de claveles.

XLI

Cuando me vino el honor
De la tierra generosa,
No pensé en Blanca ni en Rosa
Ni en lo grande del favor.

Pensé en el pobre artillero
Que está en la tumba, callado:
Pensé en mi padre, el soldado:
Pensé en mi padre, el obrero.

Cuando llegó la pomposa
Carta, en su noble cubierta,
Pensé en la tumba desierta,
No pensé en Blanca ni en Rosa.

XLII

En el extraño bazar
Del amor, junto a la mar,
La perla triste y sin par
Le tocó por suerte a Agar.

Agar, de tanto tenerla
Al pecho, de tanto verla
Agar llegó a aborrecerla:
Majó, tiró al mar la perla.

Y cuando Agar, venenosa
De inútil furia y llorosa,
Pidió al mar la perla hermosa,
Dijo la mar borrascosa:

“¿Qué hiciste, torpe, qué hiciste
De la perla que tuviste?
La majaste, me la diste:
Yo guardo la perla triste.”

XLIII

Mucho, señora, daría
Por tender sobre tu espalda
Tu cabellera bravía,
Tu cabellera de gualda:
 Despacio la tendería,
 Callado la besaría.

Por sobre la oreja fina
Baja lujoso el cabello,
Lo mismo que una cortina,
Que se levanta hacia el cuello.
 La oreja es obra divina
 De porcelana de China.

Mucho, señora, te diera
Por desenredar el nudo
De tu roja cabellera
Sobre tu cuello desnudo:
 Muy despacio la esparciera
 Hilo por hilo la abriera.

XLIV

Tiene el leopardo un abrigo
En su monte seco y pardo:
Yo tengo más que el leopardo,
Porque tengo un buen amigo.

Duerme, como en un juguete,
La mushma en su cojinete
De arce del Japón: yo digo:
“No hay cojín como un amigo”.

Tiene el conde su abolengo:
Tiene la aurora el mendigo:
Tiene ala el ave: ¡yo tengo
Allá en México un amigo!

Tiene el señor presidente
Un jardín con una fuente,
Y un tesoro en oro y trigo:
Tengo más, tengo un amigo.

XLV

Sueño con claustros de mármol
Donde en silencio divino
Los héroes, de pie, reposan:
¡De noche, a la luz del alma,
Hablo con ellos: de noche!
Están en fila: paseo
Entre las filas: las manos
De piedra les beso: abren
Los ojos de piedra: mueven
Los labios de piedra: tiemblan
Las barbas de piedra: empuñan
La espada de piedra: lloran:
¡Vibra la espada en la vaina!
Mudo les beso la mano.

Hablo con ellos, de noche!
Están en fila: paseo
Entre las filas: lloroso
Me abrazo a un mármol: "Oh mármol,
Dicen que beben tus hijos
Su propia sangre en las copas
Venenosas de sus dueños!
¡Que hablan la lengua podrida
De sus rufianes! Que comen

Juntos el pan del oprobio,
 En la mesa ensangrentada!
 Que pierden en lengua inútil
 El último fuego!: ¡Dicen,
 Oh mármol, mármol dormido,
 Que ya se ha muerto tu raza!”

Echame en tierra de un bote
 El héroe que abrazo: me ase
 Del cuello: barre la tierra
 Con mi cabeza: levanta
 El brazo, ¡el brazo le luce
 Lo mismo que un sol!: resuena
 La piedra: buscan el cinto
 Las manos blancas: del soclo
 Saltan los hombres de mármol!

XLVI

Vierte, corazón, tu pena
Donde no se llegue a ver,
Por soberbia, y por no ser
Motivo de pena ajena.

Yo te quiero, verso amigo,
Porque cuando siento el pecho
Ya muy cargado y deshecho,
Parto la carga contigo.

Tú me sufres, tú aposentas
En tu regazo amoroso,
Todo mi amor doloroso,
Todas mis ansias y afrentas.

Tú, porque yo pueda en calma
Amar y hacer bien, consientes
En enturbiar tus corrientes
En cuanto me agobia el alma.

Tú, por que yo cruce fiero
La tierra, y sin odio, y puro,
Te arrastras, pálido y duro,
Mi amoroso compañero.

Mi vida así se encamina
Al cielo limpia y serena,
Y tú me cargas mi pena
Con tu paciencia divina.

Y porque mi cruel costumbre
De echarme en tí te desvía
De tu dichosa armonía
Y natural mansedumbre;

Porque mis penas arrojó
Sobre tu seno, y lo azotan,
Y tu coriente alborotan,
Y acá lívido, allá rojo,

Blanco allá como la muerte,
Ora arremetes y ruges,
Ora con el peso cruje
De un dolor más que tú fuerte,

¿Habré, como me aconseja
Un corazón mal nacido,
De dejar en el olvido
A aquel que nunca me deja?

—Verso, nos hablan de un Dios
A donde van los difuntos:
Verso, o nos condenan juntos,
O nos salvamos los dos!

INDICE

	Pág.
Los "Versos sencillos" de José Martí, por Gabriela	
Mistral	3
I.—Yo soy un hombre sincero.....	41
II.—Yo sé de Egipto y Nigricia.....	44
III.—Odio la máscara y vicio.....	45
IV.—Yo visitaré anhelante.....	47
V.—Si ves un monte de espumas.....	49
VI.—Si quieren que de este mundo.....	50
VII.—Para Aragón, en España.....	51
VIII.—Yo tengo un amigo muerto.....	53
IX.—Quiero, a la sombra de un ala.....	55
X.—El alma trémula y sola.....	57
XI.—Yo tengo un paje muy fiel.....	60
XII.—En el bote iba remando.....	61
XIII.—Por donde abunda la malva.....	62
XIV.—Yo no puedo olvidar nunca.....	63
XV.—Vino el médico amarillo.....	64
XVI.—En el alféizar calado.....	65
XVII.—Es rubia: el cabello suelto.....	66
XVIII.—El alfiler de Eva loca.....	68
XIX.—Por tus ojos encendidos.....	69
XX.—Mi amor del aire se azora.....	70
XXI.—Ayer la ví en el salón.....	71
XXII.—Estoy en el baile extraño.....	72
XXIII.—Yo quiero salir del mundo.....	73
XXIV.—Sé de un pintor atrevido.....	74
XXV.—Yo pienso, cuando me alegro.....	75
XXVI.—Yo que vivo, aunque me he muerto...	76
XXVII.—El enemigo brutal.....	77
XXVIII.—Por la tumba del cortijo.....	79

	<u>Pág.</u>
XXIX.—La imagen del rey, por ley.....	80
XXX.—El rayo surca, sangriento.....	81
XXXI.—Para modelo de un dios.....	82
XXXII.—En el negro callejón.....	83
XXXIII.—De mi desdicha espantosa.....	84
XXXIV.—¡Penas! ¿quién osa decir.....	85
XXXV.—¿Qué importa que tu puñal.....	86
XXXVI.—Ya sé: de carne se puede.....	87
XXXVII.—Aquí está el pecho, mujer.....	88
XXXVIII.—¿Del tirano? Del tirano.....	89
XXXIX.—Cultivo una rosa blanca.....	90
XL.—Pinta mi amigo el pintor.....	91
XLI.—Cuando me vino el honor.....	92
XLII.—En el extraño bazar.....	93
XLIII.—Mucho, señora, daría.....	94
XLIV.—Tiene el leopardo un abrigo.....	95
XLV.—Sueño con claustros de mármol.....	96
XLVI.—Vierte, corazón, tu pena.....	98

